

## DISCURSO

PRONUNCIADO POR EL  
EXCMO. SR. DON ARCADIO ORTEGA MUÑOZ

EN LA INAUGURACIÓN  
DEL CURSO ACADÉMICO 2008-2009  
Y RECEPCIÓN PÚBLICA  
COMO ACADÉMICO SUPERNUMERARIO

ACTO CELEBRADO EN EL PARANINFO  
DE LA UNIVERSIDAD DE GRANADA  
EL DÍA 6 DE OCTUBRE DE 2008

GRANADA

MMVIII

*Edita:* © Academia de Buenas Letras de Granada  
c/ Almona del Campillo, 2 - 3º  
18009 Granada  
[www.academiadebuenasletrasdegranada.org](http://www.academiadebuenasletrasdegranada.org)  
*Imprime:* La Gráfica S.C.And. - Granada  
*Depósito Legal:* Gr-1882/2008  
*I.S.B.N.:* 978-84-691-5513-4

# DISCURSO

DEL

EXCMO. SR. D. ARCADIO ORTEGA MUÑOZ

Intrahistoria de la Academia de  
Buenas Letras de Granada  
en su primer sexenio

Excmos. e Ilmos. Sres. Académicos,  
Señoras y Señores:

**D**E los tantos imponderables que tiene la vida, el menos importante es el paso del tiempo, porque nunca llega por sorpresa. Se conoce su andar inexorable, su cadencia, el ritmo en su llegada, su implacabilidad. Tiene, eso sí, la imposibilidad de ser aprehendido, la dificultad para ser explicado, en frase de Agustín de Hipona, y siempre la grandeza de que jamás sepamos si podremos alcanzarlo, si vamos a vivirlo. Y esta magia tan universal y conocida, es uno de los mayores atractivos que tiene la vida: no saber nunca donde está el punto final, si hay punto y seguido, si nos perderemos en puntos suspensivos, quedándonos siempre en ese punto, inamovible y cierto de la expectación y la sorpresa. Ningún viejo puede renunciar al sueño de vivir un año más y ningún joven puede asegurar que estará aquí mañana, parafraseando la explicación de Menéndez Pidal, a la periodista que le atosigaba, al inicio de su ingente y voluminosa, y trascendental, *Historia de España*.

Por tanto, os hablo desde esta cátedra en la que lo hicieron encomiables voces –de las más selectas, entre todas, las vuestras–, y no puedo decir que el momento ha llegado sin saber cómo fue, porque lo he visto venir desde siempre. Día a día me he ido sumergiendo en él, poco a poco, instante a instante, me ha dado la paz del silencio, el punto justo de la reflexión y la inoperancia para medirlo mejor. He descubierto la lentitud, y hoy, cuando contemplo mi realidad circun-

dante, siento que su frío y su decadencia lo va impregnando todo. Y que ahora, apenas suene una campana, caigan las primeras hojas sepias en los paseos, se cubra de blanco la grandiosidad de Sierra Nevada, o tiriten las viejas en la misa del alba, cada vez menos viejas, cada vez menos alba, habré iniciado otra etapa, una más hacia el camino de la paz que, aseguro, me la he ido ganando día a día, con ilusión, con trabajo, con esperanza, con dedicación y con entrega, conscientemente, durante toda mi vida, cumpliendo los quehaceres cotidianos del hombre de mi tiempo, es decir, del hombre de todos los tiempos, en frase de Machado. Ora y labora, y alguna pequeña sonrisa sostenida por el amor a través de los años.

Cuando baje de este estrado singular y sabio, habré abandonado mi responsabilidad de Presidente de esta Academia, a la que profeso tanto amor, y mi preocupación diaria por el buen hacer en su andadura, en la línea de ejecutividad más efectiva posible, todo lo que el tiempo amasó para que me volcase en ella. Sueño con contemplar su marcha sosegada y medida, con paso decidido y seguro, en el cálido silencio de lo próximo, pero sólo como observador apasionado y esperanzado; y comprensivo; y entregado. Ésta es, también, otra de las grandezas de la edad provecta: observar sin ser observado, participar sin ser partícipe, sentir el tacto de lo que no se toca, amar lo que ya jamás podrá abrazarse, y, pese a todo, ser feliz. Goethe lo supo muy bien, contemplando la sencilla voluptuosidad de Margarita, con la que apenas le separaban cincuenta años de edad. Y yo ya lo vivo en los campos ardientes, salpicados de flores, que me ofrece el futuro más inmediato, y que es posible, incluso, que disfrute. ¿Limita-

ciones? Privilegios de la edad, más bien. Ahora ya es imposible no ser, como se afirma, romántico. Y ese acendrado idealismo es la libertad, el amor, la exaltación, el sueño, la entrega inusitada y la constante búsqueda del ser. Ahora ya puedo permitirme ser romántico, sin las trabas que siempre tuve para dejarme ir. Entre el ser y la nada de Sartre estoy yo, con toda mi carga existencial y mi esperanza; y con toda la posibilidad liberadora que me ofrece el camino, todo el vitalismo acendrado a lo largo de una vida; por lo demás, muy corta. A Dios gracias, soy un hombre que piensa y que camina. Tengo derecho a ser feliz; y quiero seguir siéndolo.

Dentro de unos años, quizás no muchos, habrá estudiosos de los orígenes de esta Academia de Buenas Letras de Granada y, pasado algún tiempo, quizás tampoco muy lejano, se realicen tesis de doctorado sobre todos o algunos aspectos de nuestras actividades hasta la fecha. Y, muy posiblemente, dichos estudios sean acometidos por alumnos de los que hoy ocupáis el estrado, o de los que nos vayan sustituyendo, en este río académico interminable, constante y fluuyente, que partió de una idea primigenia, capitaneada por el siempre recordado Francisco Izquierdo, que se viene desarrollando en el tiempo y no tiene por destino la desaparición, ya que vamos sucediéndonos los Académicos con la ilusión de pertenecer, y la responsabilidad de ocupar una letra, aunque pueda, en algún momento, es posible, aposentarse la desidia o el mal hacer sobre sus pilares, dejándola sin actividad aparente, aunque de forma transitoria, porque siempre estará en ebullición su germen y la grandeza de su existencia, por encima de modas, costumbres o tiempos yermos. Este es su privilegio, su enorme y contumaz privilegio, sobrevivir a

los Académicos y a los siglos. Y esto que digo con total convencimiento, y que puede sonar a grandilocuencia, es realidad palpable que puede constatarse en las otras tantas Academias que devienen de más de tres siglos, habiendo superado, siempre, los claros y las nubes que se alternaron en circunstancias no gratificantes, con etapas de paz y creación. Gloria, pues, a nuestra posibilidad de subsistencia y perpetuidad, y al seguro caminar por la historia de la literatura y de la vida, de nuestra Academia de Buenas Letras de Granada.

En uno de sus estudios de *Para una historia del pensamiento literario en España*, (CSIC, 2004), recoge el profesor Antonio Chicharro, la idea de Unamuno sobre la intrahistoria, cuando indaga en la psicología de nuestro pueblo, quiero decir, España, aportando la conceptualización de intrahistoria o «inconsciente de la historia», como antecedente del concepto jungiano de inconsciente colectivo. Pero esta aportación a la psicología, no elimina la dimensión y proyección netamente historiográfica de esa original idea, al provocar una atención sustantiva al río oculto de la vida histórica, a la anónima vida colectiva, en detrimento de lo externo o gestual histórico, con lo que rechaza un concepto tradicional de historia y se adscribe, a la modernidad teórica que defendía la existencia de otros agentes históricos, generadores de la marcha de la humanidad; como las clases sociales de Marx o el Volkgeist hegeliano, el romántico espíritu del pueblo» (González Egido, 1991:18)

Y añade, “no creo que su idea de intrahistoria sea reaccionaria ni anacrónica, porque recomendar su uso cognoscitivo, con el empleo de la conocida fórmula de «ser uno y lo



otro», era una idea moderna como igualmente lo era el hecho de bucear en el funcionamiento histórico de las formaciones sociales prestando atención a ciertos agentes históricos que actúan como motor colectivo de la historia.”

Hasta aquí, la aportación del profesor Chicharro en la difícil cuestión del concepto de intrahistoria, algo tan necesario para conocer en su totalidad lo que se cuece, hurgando en las entretelas, en lo que se pierde por entre las costuras, y conociendo aquello que se oculta entre bambalinas: todo lo que conforma el ser y su circunstancia, en acertada máxima de Ortega.

Voy a relatar, en dos párrafos, mi experiencia personal, antes de pasar al análisis de nuestra suerte de intrahistoria, objeto principal de este trabajo, definida en el concepto sostenido por don Miguel de Unamuno de “la vida tradicional, que sirve de fondo permanente a la historia cambiante y visible” y la común acepción que recojo, de aquello que estando en el exterior conforma, modifica o acompaña al ente principal, sin entrelazarse o tener visos categóricos transformantes.

Durante los tantos años que marché en solitario, por la senda que llaman literaria, tuve la sensación íntima, personal, de existir, no sólo marginado por mí mismo, por la exigencia de una labor que me absorbía el tiempo, que apenas me dejaba algún domingo para escribir unas páginas, o las tardes de frío y de congoja, o las noches de fiebre y desencanto, o aquellos días que llaman vacaciones y que un director de banco no disfruta porque ocupa su mente en varios frentes, siempre insoslayables, sin posible aplazamiento. Entonces

escribía picotazos; a veces poemas largos, pero pocos; las locas ocurrencias; los desmanes de un corazón buscando la salida; las persuasiones, a veces esbozadas, siempre sin posibilidad de desarrollo.

Entonces me creía que los años pasaban y pasaban sin clemencia y que me iba quedando en la cuneta, ajeno a otros seres que tenían aficiones comunes y pulían su obra con silencio y templanza; y que yo los leía sin conocer sus rostros, mientras que me perdía un tiempo enorme y puro por mor de mi trabajo, y me afirmaba, en la soledad de mi almario: “estoy perdiendo el tiempo”, sin buscarle salida a las tantas querencias, las tertulias, esa forma de ser y comportarse que admiraba en los otros, en sus libros, en las tantas presencias que me traían los diarios, mientras yo soportaba las finanzas, el mundo de la empresa y sus urgencias, y todo lo que había en la tramoya de un mundo de lo económico, que lo absorbía todo. Salvándome –puede que sea exagerada la palabra, pero quiero aplicarla–, salvándome con los libros que a duras penas iba componiendo y dándolos a luz, con cuentagotas, lento, y recibiendo algún golpe en la espalda, traducido en los premios, por lo demás, lejano, y siempre falto de comunicante presencia.

Pasaron esos años, algo más de cuarenta, y surgió la aventura de vivir la Academia en todos sus matices, y salí de la sombra de mi vida ordinaria a subsistir en medio del tumulto de escritores, poetas y otras liendres –quiero decir advenedizos, malos políticos, medio-estorbos y otras adherencias a ese mundo inquietante– comprobando que no perdí mi tiempo, tantos años vividos, que es entonces, a partir de salir a la lla-

mada pública, cuando nacía la inconsciencia probada de encontrarme perdido, repitiendo palabras y palabras, manidas, escuchando vacuidades y lugares comunes, sin, siquiera, tener tiempo y sosiego para el hombre que siempre en silencio va conmigo, en frase de Machado, mi maestro, que yo firmo y rubrico, y amo y hasta mimo porque me salva de caer en la trampa de soportar a seres muy mediocres que pululan y crecen y se cruzan, y forman mal madeja de entresijos, y conforman la red en la que viven, cubriéndose y aullando, y maldiciendo, sin apenas aportar a la sociedad a la que engendran, el más mínimo grano constructivo. Y los tantos aprendices de la lengua, siempre a medio pelo de una obra a medio hacer, mediocre y desmedida en las apreciaciones, si ellos nos la cuentan, que hay que soportar revuelta con su envidia.

Entonces redimí la etapa aquella de zozobra, silencio y esperanza, perdido entre mis libros y mis cosas, ajeno a esta Granada y su talante, que se pierde fugaz en los momentos que pueden ser gloriosos, o, al menos, saludables, por mor de algún cretino que ni come ni quiere que se haga, quiero decir, ni escribe ni permite que algunos le superen en su obra, y se protegen con sombras y biombos, para nunca asomar la estampa auténtica, es decir, aparecer desnudos, porque podrían coger las pulmonías que anuncian en el limbo para vates, de esos que nunca afirman pero dicen, que no tienen respuesta pero hablan, que escriben mal y poco pero ocupan un puesto y un lugar frente a horizontes que debieran ser nítidos y claros, quiero decir, abiertos. Decía otro de mis maestros, Unamuno, “Y habrá barbarie de guerras devastadoras, y otros estragos, mientras sean los zánganos, que revolotean en torno de la reina para fecundarla y devorar la miel que no

hicieron, los que rijan las colmenas.”

Y así he transcurrido este sexenio, recordando a Malreaux, por aquello de su título indulgente, *La Condición Humana*, constatando que se pierde el tiempo si se sale a la calle sin escoger previamente muy acertado el paseo; si se da pábulo a los necios, si se considera obligado estar en los lugares que a uno lo reclaman y que el protocolo obliga y esclaviza. La vida pública tiene sus muchas servidumbres, y pocas veces sus gratificaciones; y por siempre son pérdida de tiempo. Y me esforcé en distinguir las voces de los ecos, siguiendo a Machado, siempre Machado, y ello me ha hecho valorar sólo lo valorable: la austeridad, el estoicismo, la incombustibilidad, el olvido y la urbanidad. Y no he perdido más tiempo que el de decir las cosas que hoy digo, porque rara vez sirven de sementera.

Hoy hablo aquí de este tema tan simple, porque la edad y las circunstancias me aconsejan y me permiten decir lo que creo debo decir y afirmar que si bien siempre estuve, donde se decía era obligado que estuviese, lo hice por obligación asumida y respeto a la Academia, tras cumplir el curso de la vida y sus etapas: rebelión, incomodidad, convencimiento y responsabilidad. De esta última etapa es de la que hablo. Creo que no habrá ocasión para el arrepentimiento, que podría ser el próximo peldaño en las etapas marcadas para el hombre, porque empieza ya a ser tarde para tanto reescribir la historia. A mis libros me remito; y a mi actividad laboral también, especialmente a mi etapa como director de la Fundación Escuela de Negocios de Andalucía, durante los doce años anteriores a mi línea de jubilación laboral dependiente, donde me sentí creativo, a gusto; por encima de la

Banca y su dinámica; y al margen de la vida pública y su casuística, porque la formación, la enseñanza con vocación y responsabilidad, es uno de los oficios más encomiables, más nobles y más necesitados para el hombre en particular y la sociedad en general.

He dicho, repetidas veces, que los estudiosos conocerán el devenir de esta Academia, leyendo los discursos de cada uno de nosotros, engarzando, a la vez, con la historia literaria y coetánea de Granada, y más, en los que hacen relación a actividades anteriores a la creación de este Instituto en la Granada nuestra, tales como los temas tratados por Guillén con relación a “Versos al Aire Libre”, o Lupiáñez en su referencia a las colecciones “Silene y Ánade”, o los análisis de Chicharro sobre la escritura y compromiso de nuestro primer Académico de Honor, Francisco Ayala, o de Soria sobre la biografía de Francisco García Lorca, o la comunicación de Mañas sobre las colaboraciones de Cansinos Assens en la revista *La Alhambra*, o la precisión de Navarro sobre Ángel Ganivet, o la biografía de Izquierdo sobre Mariana Pineda, o la que leyó Guillén sobre Francisco Izquierdo, o la de Moreno Arenas sobre el silencio en el teatro mínimo de Lorca, o la de Ladrón de Guevara sobre los fantasmas de Granada, o el trabajo de Izquierdo sobre el relato en la literatura granadina del siglo XIX, o el de Antonio Enrique sobre la Alhambra, o la crónica de Granada en 1899 de Amelina Correa, o el valle de Valparaíso de Villena, o la poesía culta y popular en la Alpujarra de Morón, o el íntimo itinerario poético por la Alhambra y el Generalife con Enríquez, o la Granada en el lienzo de plata de Loxa, o Granada en la poesía del regreso de Rafael Alberti de

Salvador, o la Elena Martín Vivaldi de Olivares, o sobre la recepción poética de los plomos del Sacromonte de Dougnac, o el acercamiento a la persona y la obra lingüística de un maestro: José Andrés de Molina Redondo, al que desde aquí rindo homenaje, de María Luisa Calero, o el anecdotario de historias y prehistorias en la poesía granadina de Egea, o el Juan Ramón Jiménez y Federico García Lorca de Vázquez Medel, o el Fray Luís de Granada de Garrido Moraga, o aquella historia de las Academias que pergeñé para iniciar la andadura de los discursos como primer acto público en octubre del dos mil dos, día del estreno de los chaqués como uniforme corporativo, que suscitó más comentarios en la prensa que la carga literaria que en sí aglutinaba y ofrecía esta Institución, como peso específico de una acertada selección y encomiable labor de sus componentes, la suma de académicos incorporados. Por tanto, mediocridad en los medios; y aún más, en los que intentaban jugar en medio como si fueran médium. Una delicia.

Se han leído, también, extraordinarios discursos sobre temas importantes y trascendentales sobre literatura, su entorno y sus circunstancias, pero he centrado mi relación en los que hacían referencia directa a nuestra ciudad y su literatura. Aunque ya sé que todo coadyuva a que todo lo demás sea posible. Y que se valora.

También será foco de investigación, las documentaciones que aglutinan las actas escritas con cuidado y atención por nuestro Secretario General, de pulcra y exquisita composición y manera, y los anexos correspondientes, tan expresivos. Y en éstos se recogen, a veces de pasada, otras cuestio-

nes con absoluta minuciosidad, comentarios implícitos o explícitos, sobre ligeras nubes, o profundos nubarrones que, aunque por lo general siempre tangentes a nuestro cielo, sí relacionados con nuestra atmósfera, que llegaron a enturbiar el devenir hermanado y acorde, en la marcha de los primeros años por el mundo académico, de nuestra Academia de Buenas Letras de Granada.

Voy a dar hoy, al menos, unas briznas testimoniales acaecidas este sexenio académico que ahora se cumple, y me gustaría, si es posible, que en ningún pasaje se interpretaran hirientes mis palabras. Quiero que en su totalidad sean constructivas.

Casi en los comienzos de nuestra andadura, cuando apenas se habían elegido los siete académicos que dictaminó la Junta de Andalucía, a propuesta de los cuatro integrantes de la Gestora constituida al efecto –Izquierdo, Guillén, Trigueros y Carvajal– que se reunieron en el carmen de Francisco Izquierdo el 9 de febrero del 2002 para, con mejor o peor acierto, la historia lo dirá, presentar lista con los siete primeros nombres a integrar en esta bisoña Academia, recibí carta de un poeta de escritura precisa y bien construida, solicitando que caso de que su nombre se barajase entre los posibles electos posteriores, la leyese para dejarlo al margen de cualquier escrutinio. Lo consigno como ejemplo de actitudes singulares que suelen darse en Granada.

Y hay que hacer mención y dejar recogido, aunque las hemerotecas custodian amplísima información, la tormenta desencadenada en la primavera del dos mil tres, por el asun-

to de las lápidas plantadas en el camino que conduce a la fuente del Avellano desde el Paseo de los Tristes, en ese inicio maravilloso del valle de Valparaíso, cantado y exaltado como lugar emblemático de una Granada del diecinueve, cuyo máximo exponente en la memoria colectiva, será siempre el malogrado escritor Ángel Ganivet.

En junio del dos mil tres, el gerente de la Fundación Albaicín, decidió coronar la obra de terminación del paseo que conduce a la fuente, restaurada con mimo por el Ayuntamiento, con unas lápidas en bronce, soportadas en piedra, que jalonaran el paseo, ilustradas con poemas o fragmentos de poemas, en número de catorce hitos, alternando siete autores mortales con seis inmortales y un mortal.

Como el relato es extenso, me voy a circunscribir a trasladar un texto recibido en la Academia, que no llegó a leerse en sesión alguna, ya que el tema de las lápidas, pese a estar implícito en las conversaciones, jamás fue tema de debate, por tanto no lo recogen las actas, pero afectó negativamente a la convivencia de la incipiente Corporación. Leo el texto, que se encuentra depositado en los archivos de nuestra Corporación. Dice así:

“Sr. Presidente:

La colocación en el Camino del Avellano de unos monumentales hitos de piedra que jalonan todo el paseo hasta llegar a la fuente, en los que se han instalado sendas placas de bronce con textos de escritores ilustres, extranjeros y españoles, seis de los cuales son poetas granadinos actuales, es una excelente idea tendente al fomento de la lectura y a la divulgación de lo mejor



de nuestras letras.

Por tratarse de un espacio público, tan directamente ligado a Ángel Ganivet y a la historia de la literatura granadina, por realizarse la obra, todavía en curso, con dinero de todos los granadinos y por tratarse de asunto de letras, creo que esta Academia debe intervenir, en cumplimiento de sus fines y velando por el bien de la comunidad.

La poesía granadina actual goza de excelente salud y prueba de ello es el número de poetas que pulula por nuestras cafeterías. Por ello, a fin de evitar suspicacias, para fomentar la necesaria concordia entre las huestes poéticas y, sobre todo por ser de justicia, creo que un espacio público como es el Camino del Avellano no puede estar en manos de una ni de otra tendencia, grupo o tertulia. Qué duda cabe de que para cualquier poeta sería deseable pasar a la posteridad viéndose inmortalizado en piedra al lado de San Juan de la Cruz o de Jorge Luís Borges.

Por todo ello, propongo que esta Academia solicite del nuevo Ayuntamiento, tan pronto como éste se constituya, que las placas dedicadas a los poetas Antonio Carvajal, Justo Navarro, José Carlos Rosales, Luís García Montero, Ángeles Mora y Francisco Acuyo, sean sustituidas por otras con textos de Soto de Rojas, Ángel Ganivet, Francisco Villaespesa, Federico García Lorca, Elena Martín Vivaldi y Luís Rosales.

No dudo que los cinco miembros de esta Academia a los que afecta esta resolución, tendrán la elegancia y la generosidad de apoyar esta solicitud.”

Nadie habló ni hizo pregunta alguna. Ahora bien, ello

levantó una ardiente polvareda, nubló el cielo de la convivencia, distanció las palabras, enfrió los saludos, y empezó la cantinela de la esperanza en las disculpas, por ambas partes. Pasados unos meses, la política y la naturaleza, cada una por su lado, y ajenas a estos pequeños sinsabores, cesaron al gerente de la Fundación Albaicín de manera fulminante, y una tormenta hizo caer las lápidas. Lápidas que aún siguen allí.

El primer semestre del dos mil cuatro terminó su andadura con algo esperado y que levantó comentarios en los corros adyacentes al serio caminar de la Corporación, ante la expectativa de que el académico electo que se caracteriza por no descubrirse ante nadie –del rey abajo, ninguno; del rey arriba, tampoco–, leyese o no su discurso de ingreso, presentado con buena composición e interés, en texto conocido y elocuente, ya que el reglamento exige una etiqueta adecuada para los académicos y la urbanidad el destoque de todos –incluido el Jefe del Estado: el rey– en lugares cubiertos. Se dijo que hubo apuestas sobre si la Academia permitiría su atuendo acostumbrado o exigiría que fuese uno más en el vestir de todos los componentes de la Institución. Días antes de la fecha señalada por el calendario de la Academia, cuando ya su discurso aguardaba en la imprenta, me manifestó, ante testigos, que no cambiaba su atuendo, en frase suya, porque “no era un mono de feria”, conviniendo conmigo que en la próxima sesión ordinaria, propondría su singularidad para someterla a consideración y aprobación, si era aceptada. La democracia permite y auspicia estas veleidades; y puede que hasta sea saludable. No asistió a la cita, aunque un miembro de su amistoso y personal entorno, alzó la mano para pedir dicha excepción,

manifestando, ante el silencio de los concurridos, “¿sólo yo?”. En su contestación al escrito en que se le comunicaba haber resultado electo, había escrito, meses antes: “Acepto la elección sin reparos y quisiera que transmitiese mi agradecimiento a todos los miembros de la Corporación”.

La Académica electa que utilizó igual texto para su aceptación, dejó también de asistir el mismo día a actos y sesiones. Ninguno de los dos retiró los textos ya presentados como discursos de ingreso, obrando en los archivos de la Secretaría General, por si un día solicitan ocupar plaza vacante, ya que basados en ellos, tuvieron voz y voto durante su etapa de asistencia, y hacen constar en sus currículos su pertenencia a la Academia.

Otro caso singular fue el Académico electo que manifestó en escrito de julio del dos mil dos, “Os doy las gracias por la elección, y el honor es mío al aceptar el nombramiento”, aunque jamás se incorporó a la Academia, asistiendo a sesión ordinaria alguna.

En resumidas cuentas, en estos seis años que inventariamos, dos elegidos agradecieron la elección y renunciaron a incorporarse; dos se incorporaron, presentaron sus discursos, participaron y desaparecieron sin despedirse en las fechas en que debían leer sus textos, y uno consideró un honor el nombramiento y no apareció jamás. Y la elección, aceptación e incorporación de cuarenta y cinco Académicos, entre numerarios, de honor y correspondientes. Estando pendiente de recibimiento protocolario, los Académicos de honor, Antonio Gallego Morell y Gregorio Salvador Caja, recientemente ele-

gidos; y el correspondiente en Sevilla, Rogelio Reyes Cano.

Era objetivo principal, por conveniente, que todas las tendencias estéticas y personales existentes en Granada, se encontrasen representadas en la Academia, y, de hecho, lo están, pero era deseable, y sigue siéndolo, que lo fuera en su más amplio espectro. Creo que fue y es un esfuerzo común, loable, el entendimiento, que se ha patentizado y se reitera cada vez que hay cuestiones o temas puntuales, comprobando que no se ponen sobre la mesa, o se hace con cuidado y sin acritud, precisamente por buscar todos los asistentes puntos de encuentro, obviando situaciones que pudieran producir divergencias, propiciadoras de división.

No quiero dejar pendiente una alusión a nuestra ubicación en la ciudad. El acuerdo suscrito en julio del dos mil dos con la Fundación Euroárabe, gracias al buen hacer de Jesús González, catedrático de nuestra Universidad, a la sazón Secretario Ejecutivo de dicha Fundación, permitió que tuviésemos un recinto pequeño pero digno, una encoiable sala de juntas y un foro acorde con nuestras necesidades. Desde aquí, quiero agradecer a dicho señor, su predisposición hacia nuestro quehacer y su respeto hacia nuestra Academia, lamentando que la relación de su sustituto con nosotros, se patentizara, casi exclusivamente, en su deseo contumaz de que abandonásemos dicho edificio sin demora. Lo que nos hizo buscar un nuevo espacio para nuestro alojamiento, a través de las instituciones granadinas, siendo no atendidos por la Junta de Andalucía, institución a la que debemos la creación de la Academia, y de la que orgánicamente dependemos; obviados por la Universidad, pese a nuestra reiteraciones; ajenos a la Diputación, portal al que

también llamamos; y al fin escuchados por nuestro Ayuntamiento, que nos ofreció, en primer lugar, el carmen albaicineru donadu por Max Moreau a la ciudad, y a continuación la Casa de las Chirimías, lugar entrañable por su ubicación e independencia, en el centro más puro de la Granada tradicional, entre el Albaicín y la Alhambra, a la vera del Darro, frente al camino del Avellano y todo lo demás que todos conocen por el canto de nuestros poetas y narradores, donde permanecimos casi dos años, después del cuatrienio vivido en la calle de San Jerónimo, hasta la navidad del 2007, fecha en la que nos trasladamos al edificio del teatro Isabel la Católica, donde en la actualidad tenemos la sede oficial. Es de lamentar que la solución no llegase de ninguna de las instituciones que permanentemente hablan de solidaridad y progreso; y se vanaglorian de su aportación continua a la cultura. Desde aquí mi agradecimiento al Alcalde Torres Hurtado, al concejal de Cultura y Patrimonio García Montero, y al de Relaciones Institucionales, José María Guadalupe, sensibles ante nuestra labor y entrega en pro de Granada.

Quiero manifestar, también, la sana satisfacción que me embarga, que fuesen concedidas las medallas de oro al mérito de la ciudad de Granada, tras petición de esta Academia a nuestro Ayuntamiento, a los excelentes Académicos en su pase a supernumerarios, Francisco Izquierdo, Rafael Guillén y José García Ladrón de Guevara, por unanimidad de la Comisión de Honores que integran los tres partidos políticos componentes de la corporación municipal y preside el Teniente de Alcalde y Senador del Reino Sebastián Pérez Ortiz.

Y recordar a las fotografías que dieron testimonio gráfico de nuestros actos públicos, Araceli Illán, que se la llevo la vida cuando quiso, sin avisar, en su ardiente y creativa primavera; y a Lola Miranda que se fue de la vida cuando ella decidió no soportar el inicio de una madurez en soledad que le vencía. Descansen en paz.

Y constatar cuarenta y cuatro discursos leídos y publicados, y treinta y seis Mirtos en las librerías. Es decir, ochenta publicaciones; algo más de una al mes, desde el inicio de la andadura hasta esta fecha, incluidos todos los meses; también los de verano. Y la creación del *Diccionario de Autores Granadinos*, ya colgado en la red, con noventa entradas y otras noventa en confección.

Quiero dejar constancia, también, de las decepciones experimentadas, las desazones sorprendidas, de las sorpresas vividas y de las perplejidades sufridas, que he sentido año a año y que en ocasiones me produjeron profundas pesadumbres o tristezas, en número total de treinta y una, que sería prolijo relatar y que quedan fuera de la razonable extensión de estas palabras, pero a disposición de los estudiosos.

Y quiero recordar que nuestro destino es “Promover el estudio y cultivo de las buenas letras, estimulando su ejercicio, y contribuir a ilustrar la historia de Granada, de la Comunidad Autónoma Andaluza y de España”, como viene explícito en nuestros estatutos.

Me vais a permitir que repita, por tercera vez en este

Paraninfo, cómo debe ser el Académico, en frase lapidaria que enarbola la Real Academia Española y debemos las demás Academias asumir y seguir, como espejo en que mirarnos: “Todos los Académicos deben ser sujetos de buen juicio y fama, y personas decentes, aficionados a la gloria de la Nación y lengua, y capaces de trabajar en el asunto que se propone esta Academia.”

He tenido el honor de presidir esta Institución en el primer sexenio de su vida, puede que el más emocionante, y desde luego el constituyente, y me encuentro gratificado con verla hecha una realidad heredable, habiendo partido, sólo, de una simple y fría página inserta en el Boletín Oficial de la Junta de Andalucía; han colaborado conmigo, en este espacio de tiempo, dos vicepresidentes, dos secretarios generales, cuatro tesoreros, dos censores y cinco bibliotecarios. A todos les agradezco su colaboración, y de entre todos, tengo que destacar a Antonio Chicharro, ilusionado, tenaz y laborioso, eficaz siempre. Sin él, estoy seguro, hubiera decaído mi ánimo en algunos momentos que van explícitos en este texto o en tantos otros que sorprendió mi buena voluntad, cuando pensé, y lo sigo pensando, que la Academia es, y debe de ser, algo más que un grupo de estudiosos y escritores, es decir, tiene obligación de convertirse en el crisol donde nazca la amistad Académica entre las divergencias, el entendimiento. Sin perder de vista, que la amistad es encomiable, pero no debe estar por encima de otras valías y de otras responsabilidades.

Me he sentido el principal servidor de la Academia. Y me siento Académico. Ser Académico va más allá de una nomi-

nación, obedece a un sentimiento de existencia, Y yo existo en Académico. La Academia me tiene a su disposición, aunque ahora sólo desee vivir la paz que me permita disfrutar de los libros ajenos, muchos de ellos, escritos por vosotros, contemplar las puestas de sol impenitentes de Granada, tan maravillosas y nostálgicas, pasear junto al mar, en ese denostado pueblo de Almuñécar al que siempre vuelvo, repasar la filmoteca, buscando las cintas que me hicieron vibrar tantos momentos, y extasiarme en la pintura cuando sea posible, y pintar algunos cuadros, modelar con el tacto perfecto de la arcilla, escribir cada día las páginas que sueñe, y charlar con los amigos de esas cosas que son tan trascendentes, como el amor y el amplio espectro del delta de su esperma, y escuchar los pasos hacia adelante de esta Academia de Buenas Letras de Granada, a la que tanto amo.

Gracias, a todos, por escucharme. Pido perdón si alguien se ha sentido herido por mis palabras, con razón o sin ella. Hasta siempre. Gracias. He dicho.



## BIOBIBLIOGRAFÍA

**ORTEGA MUÑOZ, Arcadio.** Granada, 28. VIII. 1938.  
Escritor.

Arcadio Ortega, formado en la Escuela Profesional de Comercio de Granada, así como en la Escuela Social de dicha ciudad, entre los años 1957 y 1961, ha desarrollado dos principales frentes de actividad: el profesional, relacionado con actividades directivas del mundo bancario y la dirección de la Fundación Escuela Superior de Negocios de Andalucía, en su última etapa profesional; y el de la creación literaria desarrollado tanto por la vía de la poesía como por la de la novela, sin que falte una sostenida labor ensayística expresada durante años por la vía del periodismo literario en sus habituales colaboraciones con los diarios *Información de Andalucía*, en la década de los setenta, *Ideal y Cordoba*, en la de los noventa, entre otros. Aunque su primer libro, en este caso de poesía, *Existir es el verbo*, aparece en 1970, en un momento ya de madurez personal, un libro en el que indaga en las claves de la existencia, eso no quiere decir que no mantuviera una intensa actividad cultural y literaria en sus años de juventud granadina, tal como pone de manifiesto su pertenencia a los consejos de redacción de las revistas *Actualidad universitaria*, *Hermes*, *Antorcha* y *Justicia social*, habiendo dirigido la revista radiofónica *Gaudeamus*, y su colaboración, entre 1964 y 1965, con el semanario madrileño *Signo*, en el que se ocupó junto a José Luis Garci de su página de cine y teatro.

La etapa sevillana de su vida –por razones de su profesión, ha residido en Madrid, Zaragoza, Sevilla y Granada, ciudades que, a excepción de la capital aragonesa, están presentes literariamente en la generalidad de su obra y más específicamente en *Granada a cinco voces* (Granada, 1999)– resultó decisiva para darse a conocer como poeta –no se olvide que su citado primer libro es editado por Ángaro de Sevilla en 1970– y para crear en 1972, junto a los poetas José Luis Núñez y Roberto Padrón, la editorial y colección poética *Aldebarán*, en la que vieron la luz más de medio centenar de libros poéticos –no faltaron los de investigación literaria– tanto de poetas conocidos –Juan Ramón Jiménez, en edición de Arturo del Villar, Ángel Crespo, Rafael Laffón o Victoriano Crémer, por citar algunos nombres– como de entonces jóvenes poetas –es el caso de Fernando Ortiz o José A. Moreno Jurado, entre otros–, además de los títulos suyos *Casta de soledad* (1972), donde nombra el amor y los frutos de los hijos y se remonta a la estirpe de Adán; *Ángeles sin sexo* (1974), divertimento poético en el que Eros alcanza un constante tratamiento; *Los bordes de la nada* (1978), libro de lucidez y tonos existenciales; y *Notas para un libro de ausencia* (1979), poemario en el que se funde el amor y su ausencia con una desgarradora conciencia del paso del tiempo. Este grupo y colección poéticos resultaron dinamizadores de la vida literaria sevillana de los setenta hasta la muerte de uno de sus integrantes, José Luis Núñez, y el traslado a Granada de Arcadio Ortega.

Hay que sumar a los anteriores libros de poesía los titulados *Cuando la mar se vuelve fría*, de 1975, que

recibió el premio “Virgen del Carmen” de la Presidencia del Gobierno el año anterior, unitario libro que desarrolla varias formas poéticas con el referente del mar; *Biografía de la luz en Granada* (Granada, 1978), donde en sonetos canta el poeta la luz primera, creciente, cenital, menguante y última de Granada; *A nuestros poetas muertos* (Granada, 1982), libro con el que obtuvo el premio García Lorca de la Universidad de Granada en su edición de 1981 y en el que rinde homenaje a las más hondas voces de la poesía española; *El fondo del espejo* (Sevilla, 1991), un poemario en el que el poeta se mira en el espejo de la memoria, percibe la soledad de Dios y siente la derrota y angustia vitales; *Granada: Crónica de un desguace* y *Ocaso en Granada*, publicados en Granada en 1997 y 2000, respectivamente, libros que mantienen un estrecha relación entre sí por lo que se refiere a la larga factura de los poemas y en los que el poeta medita sobre lo que llama absurda plenitud desde un hondo intimismo.

Los frutos de estos más de treinta años de dedicación a la poesía, una poesía que en su caso se instala en la inmediata tradición realista de los poetas del medio siglo con la conciencia de vivir un renovador tiempo y en la que emplea preferentemente el verso libre y, entre otras, la forma métrica del soneto para hablar esencialmente del amor, del tiempo y la muerte, han sido reunidos en *Áncora del tiempo (Poesía, 1970-2000)* (Salobreña, 2004), libro que, una suerte de avance de sus poesías completas, está formado por más de doscientos cincuenta poemas. Con posterioridad, han visto la luz dos nuevos libros poéticos más. Se trata de *Existir en las*

*horas* (Granada, 2005) y *La hora del té* (Granada, 2007). En el primero, el poeta establece en meditativos versos de larga factura un diálogo entre el hombre y el tiempo en sus más plurales formas siguiendo la huella de Antonio Machado. En el segundo, reúne respectivamente en sus tres partes poemas de tema amoroso, poemas sobre la poesía y la creación artística y, por último, poemas de tono meditativo y alcance existencial.

Pero, como ha quedado expuesto, a su obra poética hay que sumarle la propiamente novelística, también de factura realista, con una línea que desemboca en la prosa poética y otra en la narración objetiva. Su producción novelística comienza con la publicación de *Evasión de capital* (Barcelona, 1979), cuya historia se centra en el periodo de la transición política en España; y continúa con *Viento del sur* (Barcelona, 1979), esta novela, con la que recibió el premio “Almería” de la Caja de Ahorros de Almería en 1978, basa su historia en los pescadores de bajura; en *Candidato Independiente* (Granada, 1993), indaga en la toma de conciencia política; en dos de sus novelas, *El Hijo del Presidente* (Granada, 1998) y *Los juguetes del yuppi* (Granada, 2001), Arcadio Ortega se introduce en el mundo financiero; *El retorno de las rosas* (Granada, 2002), novela poética en el sentido de Freedman, constituye una inmersión en la iniciación, bohemia y muerte de un escritor; *El silencio de Laura* (Granada, Dauro, 2003) desarrolla en su historia el mundo interior del protagonista como crisol de experiencias vitales y estéticas cifradas en el amor y en el universo de la cultura; su hasta ahora última novela, *El testamento* (Córdoba,

2007), bien recibida por la crítica, centra su historia en la vida de un enfermo terminal y en su novela póstuma, dando entrada así al tratamiento de aspectos metanove-  
lísticos, lo que también está presente en *El retorno de las rosas* y *El silencio de Laura*. Por otra parte, *Café suizo* (Granada, 1999) es una colección de sus relatos y narraciones breves.

En cuanto a la creación ensayística se refiere, no pueden dejar de nombrarse su discurso leído con motivo de su ingreso en la Academia de Buenas Letras de Granada, *La Academia de Buenas Letras de Granada en el mundo de las Academias* (Granada, 2002), y la extensa colección de artículos periodísticos reunida en el libro *Andaluces con paisaje* (Salobreña, 2003). Se trata de cuarenta y seis textos distribuidos en ocho partes –una por cada una de las actuales provincias de Andalucía– que, con un criterio de amplitud histórica y aunando ciertos elementos narrativos ficcionales con datos e informaciones ciertas, tratan de la trayectoria vital e histórica de dos clásicos hispano-  
latinos, Séneca y Lucano; de un filósofo andalusí como Averroes; del pensador y médico judío nacido en la Córdoba califal Maimónides; de un famoso polígrafo de la Granada nazarita, Ibn al-Jatib, junto con marinos y humanistas como Martín Alonso Pinzón y Nebrija, nacidos en el siglo XV, y poetas, escultores, pintores y pensadores como Góngora, Soto de Rojas y Fray Luis de Granada, Martínez Montañés, Velázquez y Francisco Suárez, todos ellos alumbrados en el siglo XVI; además de dos personajes más del siglo siguiente, uno nacido en el XVIII, el granadino Martínez de la Rosa, y el resto de los más próximos siglos XIX y XX.

Finalmente, cabe destacar que Arcadio Ortega fue nombrado Académico de Número de la Academia de Buenas Letras de Granada, a propuesta de la Comisión Gestora, resultando elegido el primer Presidente de dicha Corporación granadina el 29 de abril de 2002, cargo en el que continúa. Ha desarrollado en la misma una labor de consolidación institucional y de creación de las colecciones de discursos y de Mirto Academia para la publicación de obras de creación y estudios literarios de sus miembros.

OBRAS DE ~: *Evasión de capital*, Barcelona, Ultramar Editores, 1979; *Viento del sur* (Barcelona, Pareja Editor, 1979; *Candidato independiente*, Granada, Ediciones Albaida, 1993; *El hijo del presidente*, Granada, Ediciones Osuna, 1998; *Granada a cinco voces*, Granada, Ayuntamiento de Granada, 1999; *Café Suizo*, Granada, Ediciones Osuna, 1999; *Los juguetes del yuppi*, Granada, Ediciones Osuna, 2001; *El retorno de las rosas*, Sañobreña, Alhulia, 2002; *La Academia de Buenas Letras de Granada en el mundo de las Academias*, Granada, Academia de Buenas Letras de Granada, 2002; *El silencio de Laura*, Granada, Dauro, 2003; *Andaluces con paisaje*, Salobreña, Alhulia, 2003; *Áncora del tiempo tiempo (Poesía, 1970-2000)*, Salobreña, Alhulia, 2004; *Existir en las horas*, Salobreña, Alhulia, 2005, col. Mirto Academia; *El Testamento*, Córdoba, Almuzara, 2007; *La hora del té*, Salobreña, Alhulia, 2007, col. Mirto Academia.

BIBL.: J. CENIZO JIMÉNEZ, *Grupos, revistas y colecciones de poesía en Sevilla (1969-1980)* (Tesis doctoral), Sevilla, Universidad de Sevilla, 1997; A. CHICHARRO, *Aviso para navegantes (Crítica literaria y cultural)*, Salobreña, Alhulia, 2004, pp. 157-172; A. CHICHARRO, *En la plaza (De libros, poemas y novelas)*, Salobreña, Alhulia, 2007, pp. 42-44, 51-56, 103-112; F. MORALES LOMAS, *Narrativa andaluza fin de siglo (1975-2002)*, M. alaga, Aljaima, 2005, pp. 255-258; M. URBANO, *Andalucía en el testimonio de sus poetas*, Madrid, Akal, 1976.

ANTONIO CHICHARRO  
(Del Diccionario de Autores Granadinos)

Este discurso, editado por la  
Academia de Buenas Letras de Granada,  
se acabó de imprimir en Granada,  
el 21 de septiembre de 2008,  
primer día de otoño,  
en los Talleres de La Gráfica S.C. And.,  
estando al cuidado de la edición  
el Ilmo. Sr. D. José Rienda,  
Bibliotecario de la Academia

Granada,  
MMVIII